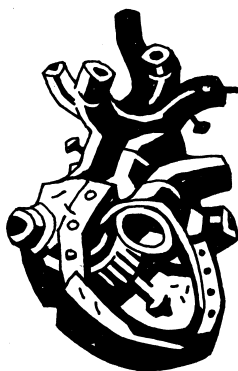


---

# **Joe Golem**

**y la Ciudad Sumergida**



**Mike Mignola**  
**y Christopher Golden**

minotauro

---

*Para mi padre, que a veces era un poco golem.  
Pero sé que tenía buenas intenciones.*

MIKE MIGNOLA

*Para mi hijo, Nicholas, que ya se ha ido a la universidad.  
Los años pasan volando, y los odio por eso.*

CHRISTOPHER GOLDEN



---

## Capítulo uno

**O**rlov el Mago sueña que es un fantasma. Flota en un rincón de una sala de extraña ornamentación, una diminuta catedral de arcos moriscos y ventanales de acuario, más allá de los cuales sólo hay praderas marinas, cirrópodas y un puñado de peces de varias especies, indiferentes a los gritos y a las sangrientas perversiones que tienen lugar en esa singular cámara de los horrores.

El fantasma de Orlov derrama lágrimas de angustia e impotencia, pues nada puede hacer para ayudar a la mujer que yace de forma grotesca sobre el altar de mármol amarillo. La piedra está cubierta de surcos que recogen la sangre y demás fluidos, que desembocan en un par de desagües en los extremos inferiores del altar y caen en un pequeño agujero en la oscuridad. De alguna manera, el Mago sabe que la sangre y los despojos y fluidos del parto que se deslizan hasta el suelo son para alimentar a algo hambriento.

La mujer está atada por las muñecas y los tobillos con cadenas oxidadas que contrastan con el límpido mármol de Numidia. Las cadenas terminan en unas anillas de hierro ancladas al suelo alrededor del altar. Lo único que Orlov puede hacer es contemplar cómo el cuerpo de la mujer se estremece entre espasmos, traicionándose a

sí mismo. Las cadenas no son para impedir que escape sino para evitar que los temblores que la sacuden la arranquen del altar. El vientre distendido de la mujer ondula desde el interior mientras tres figuras envueltas en togas carmesíes se ciernen sobre ella, aguijoneando y perforando su cuerpo y sus orificios con interés clínico. Le han embardunado la piel con pintura de color ocre y la han cubierto con símbolos que Orlov no alcanza a descifrar. Mientras la mujer se rebela contra el altar, la pintura comienza a producir lentamente quemaduras químicas que le marcan profundamente los símbolos en la carne.

Orlov les odia. Lleno de rabia, aprieta sus puños de fantasma. Pero es una furia estéril e inútil. En este sueño, él no es nada. Menos que nada. No puede moverse para ayudarla ni puede maldecir a los que la torturan.

Tampoco puede lanzar un maleficio al demente de la capa que lo ha orquestado todo. El pelo sucio del ocultista está sujeto en la nuca con un aro de metal oxidado y otros dos aros sujetan sendas trenzas gemelas en su barba. Mientras sus discípulos manosean la carne de la mujer con un tranquilo distanciamiento, su afectado entusiasmo es una mezcla de alegría infantil y de una pseudoexcitación sexual. Rodea el altar y se acerca a las tres figuras envueltas en togas carmesíes para pronunciar cánticos guturales al tiempo que pasa por encima de la mujer un objeto extraño, apenas unos centímetros por encima de su piel.

No sabe cómo, pero Orlov conoce ese objeto. Se pregunta si está soñando el sueño del loco o si sólo se ha aparecido allí, un fantasma tozudo en la mente del ocultista lunático. No importa. El artefacto le resulta familiar.

Es el Pentajulum del Lector, un puñado de tubos y pequeñas cámaras que recuerdan a un corazón humano, pero hecho de una colorida y desconocida sustancia con propiedades similares al ámbar y al cristal marino. Inerte en apariencia, un ligero cambio de posi-

ción da la impresión de alterar el diseño del Pentajulum: la luz que engaña al ojo, o una geometría peculiar que la mente humana no puede percibir.

El ocultista contempla el Pentajulum como si fuera su única esperanza y Orlov comprende que lo es. La esposa del ocultista está muerta, convirtiéndose en polvo en su tumba, y el loco cree que el Pentajulum es capaz de resucitarla, de permitirles vivir juntos por los siglos de los siglos, si consigue hacerlo funcionar. La misteriosa ciencia del Pentajulum requiere de algo que la ponga en marcha. El ocultista cree que la muerte es la clave, que la agonía, el dolor y el sufrimiento de una vida humana que se apaga pueden canalizarse hacia el Pentajulum a través de los símbolos grabados en la carne de la mujer.

La mujer grita, su cuerpo tenso contra las cadenas. El ocultista sonrío, expectante. Ha llegado el momento. Sostiene el Pentajulum sobre el pecho de la mujer. Entonces frunce el ceño y menea la cabeza. Empecinado, se niega a retirarse, pero Orlov sabe que su plan ha fallado.

Algo se mueve en los sombríos aleros de la sala. A la mujer y a sus verdugos se une un observador al que nadie ha visto. No es un fantasma ni tampoco un visitante como Orlov. Nadie más en la sala se da cuenta. Ni siquiera el ocultista parece haber notado la llegada de esa potente presencia, y Orlov no puede entender cómo es posible que pase desapercibida. La atención del ocultista permanece fija en los restos de la mujer embarazada y su expresión de pánico se acentúa con cada contracción.

El vientre de la mujer se abre. Orlov el Mago lo contempla y es tal el horror que le hace desear la ignorancia del abismo y la oscuridad de la eternidad. La carne distendida de la mujer no se ha rasgado, ni ha dado a luz un engendro monstruoso. Orlov sólo puede pensar en flores que se abren mientras el abdomen se deshace en pétalos de carne encadenada, púrpura y venosa.

El ocultista grita enfurecido. Su rabia retumba en el techo abovedado, queda atrapada en los arcos, incomprendible para los peces que nadan tras los ventanales.

El cuerpo de la mujer continúa floreciendo y abriéndose hasta que no queda ningún rasgo humano en ella. Entonces, en plena floración, comienza a marchitarse y a ponerse marrón. La mujer solloza débilmente mientras su cuerpo se deteriora. Asustado, el fantasma de Orlov el Mago grita por ella, pero de su boca no sale ningún sonido.

Orlov está seguro de que huele a quemado.

Entonces, se despierta.



Rígido y dolorido, Félix Orlov se dio la vuelta para colocarse de lado en la cama. Abrió un poco los ojos y se quedó mirando el polvo y la penumbra de su habitación. Odiaba su cuerpo, encogido por la edad, y la presión de su cada vez más delicada vejiga. Cualquier otra mañana habría buscado una postura más cómoda y habría intentado engañar a su vejiga para que le dejara dormir una hora más, pero hoy el sueño no le ofrecía refugio, ni le daba un respiro del mundanal tedio en que se había convertido su vida.

Esa clase de sueños, no.

Inquieto, se quedó tumbado esperando a que las horribles imágenes se desintegraran y desaparecieran de su mente, como se suponía que era propio de los sueños al despertar. Abrió los ojos del todo y empezó a invadirle un pánico extraño. Félix no quería esos

pensamientos en su cabeza. Se suponía que perduraban un rato para luego desvanecerse a medida que avanzaba la mañana, pero aquel día, mientras yacía, se volvieron más vívidos.

—¡Fuera!

Félix suspiró mientras se golpeaba la frente con los nudillos inflamados por la artritis, como si, de alguna manera, el gesto sirviera para reiniciar su cerebro.

Se apartó las sábanas con una risa seca y sin gracia y dejó caer las piernas por el borde de la cama para sentarse. Se presionó la espalda con las manos, a la altura de la cintura, y ladeó la cabeza para estirar el cuello. Los crujidos de las articulaciones le recordaron antiguas heridas y su incipiente envejecimiento. Se levantó y arrastró los pies hasta la puerta del cuarto de baño.

Félix ya no se fijaba en los detalles de su habitación. Decidió no posar la mirada en las descoloridas cortinas escarlata de Tailandia, ni en los carteles que colgaban de las paredes en marcos agrietados, carteles que anunciaban las asombrosas proezas mágicas de Orlov el Mago y las increíbles actuaciones de sus ídolos de la infancia, Thurston y Fezzini, Blackstone y Houdini. Aunque a Félix ya no le gustaba mirar los carteles, ni fijarse en la infinidad de *souvenirs* que había por toda la habitación, aún los veía en su memoria. Sabía que estaban cubiertos por una capa de polvo, tan apagados como sus recuerdos de aquel tiempo lejano en el que el público le adoraba, las mujeres le invitaban a copas y podía ir desde la cama hasta el baño sin que le doliera nada.





Sin embargo, aquella mañana, lo único que deseaba Félix era que una capa de polvo velara el intenso sueño que todavía persistía en su cabeza. ¿Cómo era posible que conociera los motivos del hombre al que llamaba «el ocultista»? El sueño parecía un recuerdo, pero sabía que ese recuerdo no era suyo. En absoluto.

Sueños o recuerdos. La distinción no era tan importante. Félix tenía el don de atisbar los rincones oscuros de la mente humana, así como cierta sensibilidad espiritual, pero nunca le había pasado nada parecido. Era como si hubiera sido un sonámbulo caminando en sueños por la mente de otro.

Con un suspiro, se plantó frente a la taza y orinó a la vez que se masajeara los riñones. Odiaba que le dolieran hasta los ojos. De joven, Félix había aprendido a reparar relojes, una afición que le servía para mantener los dedos ágiles, cosa indispensable en un prestidigitador. ¿Cuántas veces había desmontado la maquinaria de un reloj y engrasado cada pieza para luego volver a montarlo, con cuidado de que sus entrañas encajaran bien, para que funcionara con precisión y como es debido?

Félix habría dado lo que fuera por ser un reloj que un joven con iniciativa y dedos hábiles pudiera desmantelar, engrasar, volver a montar y dejar como nuevo.

—Maldición —murmuró al agacharse para tirar de la cisterna con cuidado de no caerse.

Normalmente, Félix evitaba el espejo. Llevaba años evitándolo. Aquella mañana meneó la cabeza, como si moviéndola pudiera sacudirse las pesadillas, y se agachó sobre el lavabo para echarse agua en la cara. Entonces miró a su reflejo.

Para su sorpresa, no se horrorizó del todo. Tenía la nariz más larga y las mejillas más hundidas, pero todavía le quedaba algún mechón de pelo blanco en la cabeza y las comisuras de los labios se torcían en una especie de sonrisa compungida.

«Después de todo, no soy un cadáver —pensó—. Ni mucho menos un fantasma.»

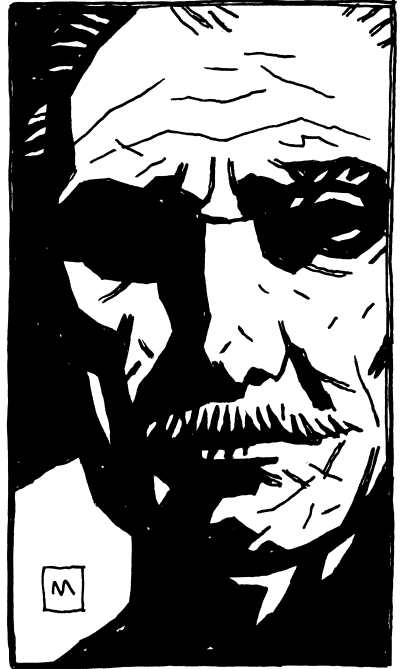
Volvió a estirarse, se sintió mejor y consiguió regresar a la habitación sin arrastrar los pies. Ochenta y dos años en este mundo y todavía era capaz de cuidar de sí mismo, más o menos. Se sentía rebelde y orgulloso, pero no lo bastante para no admitir que también se sentía solo... Como si hubiera alguien a quien le importara.

«Está Molly», se recordó. Pero Molly era una niña, y él no tenía intención de agobiarla con sus dramas de anciano.

Félix cogió el gastado pantalón gris de los pies de la cama, donde lo había dejado la noche anterior antes de acostarse. Se lo acercó a la nariz e inhaló con fuerza. Pasable. Lo más raro de vivir en la Ciudad Sumergida era que la ropa limpia cogía más olor a moho que la ropa que uno había usado ya varias veces.

Se vistió de prisa, con los pantalones grises y una camisa blanca y almidonada que sacó del armario. Sus dedos todavía eran lo bastante ágiles para abrochar los botones sin dificultad. Se puso una chaqueta gris que hacía juego con los pantalones y una pajarita de color rojo intenso.

Ya no era el hombre elegante que le miraba desde los carteles, pero Félix hacía lo posible para vestir con estilo. Su ropa era de segunda mano, raída y gastada, pero la cuidaba bien y se las apañaba para empezar el día con un mínimo de dignidad. En aquel lugar sumido en la pobreza, que otros más listos y menos cabezotas habían abandonado, la dignidad brillaba por su ausencia y costaba ganársela. No importaba que la ropa le quedase un poco holgada sobre el cuerpo huesudo. Dudaba que le quedasen muchos más años para llevarla.



Mientras se ponía los zapatos, que también estaban a los pies de la cama, el sueño empezó a difuminarse al fin. Buena señal. Le daba miedo que las pesadillas interfirieran en su concentración y fuera incapaz de hacer nada en todo el día. La poca fama que Orlov el Mago había conseguido la había ganado trabajando de ilusionista, aunque sus primeros pinitos en el escenario fueran por otro lado. Félix había sido espiritista. Un médium capaz de leer las mentes del público y de comunicarse con los seres queridos que los espectadores habían perdido.

Sus poderes eran reales. De niño tuvo un horrible accidente en el que su madre perdió la vida y que a él le dejó meses de dura convalecencia... y un don que no quería. Los muertos le hablaban. A veces se reunían a su alrededor, en grupos, aunque no era lo habitual. Normalmente se trataba sólo de algún susurro ocasional, de una súplica desde el más allá, de un mensaje para alguien que todavía estaba vivo. Cada vez que establecía contacto, en cada actuación y en cada sesión privada, sentía el dolor por la muerte de su madre con mayor intensidad por lo cruel de la ironía: su madre era el único fantasma con el que nunca consiguió comunicarse. En sus peores momentos, Félix se preguntaba si ella podía oírle y se negaba a responderle. Prefería pensar que su madre estaba muy lejos en la otra vida, fuera del alcance de su voz. Sin embargo, algunas noches, la duda no le dejaba dormir.

Para bien o para mal, Orlov el Mago nunca llegó a ser realmente famoso. Ganaba lo justo para sobrevivir y, cuando empezó a viajar, se dio cuenta de que siempre que pasaba varios días fuera de Nueva York se ponía enfermo. Al no poder viajar para actuar en los mejores teatros de Chicago y Filadelfia, ni en otros aún más lejanos de lugares que no habían quedado devastados por la crecida de las aguas a principios del siglo xx, nunca había tenido la oportunidad de alcanzar una gran fama. Se estableció en las ruinas del Teatro Crown de la calle 29 de la ahogada y hundida Nueva York. Era uno

de tantos teatros olvidados. Criaba más polvo cada día. Era como vivir dentro del fantasma de sus ambiciones de antaño.

En los años previos a la devastación, el corazón teatral de la ciudad de Nueva York se había desplazado lentamente hacia el norte, desde la lucha de clases del Astor Place Theater en 1849 a Union Square en la década de 1870, y después a Madison Square a finales de siglo. El teatro de Broadway lo había representado todo, de Shakespeare al burlesque, y siempre había tenido magos, ilusionistas y médiums. Para cuando tuvo lugar el cataclismo, en 1925, los teatros habían proliferado en Times Square, y el telón no dejaba de bajar en los escenarios del Bajo Manhattan. Entonces llegaron los terremotos y las inundaciones y se acabó la lucha de clases en aquella parte de la ciudad.

En los albores del siglo xx, Nueva York había empezado a transformarse en el cruce de caminos del mundo, un centro financiero, empresarial y de entretenimiento sin igual. Por aquel entonces, el asedio y la superstición habían proyectado una sombra muy larga sobre Europa, que puso fin a la primera guerra mundial antes de que Estados Unidos sacrificara demasiados jóvenes. Nueva York parecía estar destinada a convertirse en la joya de la corona de la



recién forjada nación. Durante un puñado de años, la ciudad fue un sueño de prosperidad.

Los primeros temblores se produjeron en el verano de 1922, un simple flirteo con la catástrofe. Polvo y cristales rotos. Los terremotos de verdad no llegaron hasta que la ciudad empezó a dejar atrás el frío del invierno a comienzos de 1925. La nieve se derritió, llegaron las lluvias y los ríos comenzaron a crecer hasta coronar las orillas. Años más tarde, el almirante Benjamin Wheeler y su expedición polar descubrirían cambios en la capa de hielo ártico, lo cual generó una oleada de especulación sobre la subida del nivel del mar, pero en 1925 los habitantes de Nueva York se sentían víctimas de la ira de Dios. Hablaban de Sodoma y Gomorra y del sufrimiento de Job mientras los edificios se colapsaban y las aguas lo arrasaban todo a su paso.

Nueva York quedó dividida en la rica y resplandeciente parte alta de la ciudad y los supervivientes pobres, que quedaron en la zona baja porque no tenían adónde ir. En vez de abandonar sus hogares, se adaptaron. Sellaron las plantas bajas inundadas de los inmuebles que por lo demás seguían siendo habitables y crearon una extraña sociedad en lo que quedaba de ellos. Casi todos los que se quedaron atrás se las apañaban solos, pero había bares, tiendas improvisadas y restaurantes, lugares en los que aquellos que se empeñaron en quedarse (o que no pudieron marcharse) podían fingir que todavía vivían en Estados Unidos. Que todavía sabían lo que era la civilización.

Pasaron los años. La parte hundida de la isla de Manhattan evolucionó. La gente de la parte baja solía ignorar las vistas del norte, igual que hacían los de la parte alta, que fingían que la Ciudad Sumergida no existía, como si no estuviera a un tiro de piedra. La parte alta seguía prosperando, floreciendo con nuevos negocios y con una nueva y brillante arquitectura, mientras que la parte baja de Manhattan se devoraba a sí misma, improvisando una red de puen-

tes y canales, de sombras peligrosas y mentes rebeldes. La Ciudad Sumergida, la llamaban algunos de sus habitantes más ancianos. Para Félix seguía siendo Nueva York... Seguía siendo su hogar.

El teatro todavía existía en el Bajo Manhattan, pero era un teatro burdo, improvisado, que se representaba para un público que ansiaba distraerse de la levedad de su existencia y que a menudo no entendía el significado de lo que estaba viendo. Félix no había vuelto a pisar un escenario (no había vuelto a ser Orlov el Mago) en más de cuarenta años, y se decía a sí mismo que no lo echaba de menos.

Se puso las gafas y cogió el reloj de bolsillo de la cómoda. Lo abrió: eran las nueve menos cuarto. Había dormido hasta más tarde que de costumbre, atrapado en su horrible sueño, pero todavía tenía tiempo para comer algo antes de que llegara la cita de la mañana.

Preocupado por el tiempo, fue hacia la ventana y abrió las cortinas escarlata para dejar entrar los rayos de luz gris. Una tormenta de motas de polvo se arremolinó sobre Félix cuando se asomó para mirar al exterior. La llovizna salpicaba los cristales, pero las olas de la calle 29 no eran más que suaves ondas. Un taxi de vapor traqueteaba ruidosamente mientras transportaba a los pasajeros por los canales de la Ciudad Sumergida. A menudo los gondoleros chinos surcaban las aguas del vecindario, pero Félix no veía ninguno hoy.

Miró en la otra dirección y sacó el cuerpo por la ventana para poder ver más allá de las ruinas de la marquesina que otrora anunciara el nombre del edificio en gloriosas letras de neón: Teatro Crown. Por descontado, el teatro también se pudría bajo diez metros de agua de mar. La sal erosionaba el escenario, los decorados y las butacas, y arrancaba suavemente el papel de las paredes. Cuarenta años atrás, Murray Feinberg había tapiado la escalera que llevaba al teatro para evitar que el moho y los carroñeros entraran en las ruinas. Pero el olor a moho se pegaba a las paredes de casi todos los viejos edificios de la Ciudad Sumergida. Las ventanas abiertas de par en par no eran de gran ayuda. La brisa marina casi siempre

apestaba al humo grasiento del petróleo y a la niebla de carbón que desprendían los motores que propulsaban las embarcaciones, los generadores que proporcionaban electricidad a la ciudad y los que mantenían en funcionamiento las fábricas que daban empleo a los hijos y nietos de aquellos que se habían negado a evacuar años atrás.

«Neoyorquinos.» La idea le hizo sonreír.

Abajo, vio cómo el taxi se acercaba a la fachada del teatro entre el humo negro y el ruido de las pequeñas explosiones del motor. De la entrada colgaba la campanilla del timbre. Si Félix tenía visitas a las que quería atender, giraba una manivela que hacía descender la escalera metálica hasta una sólida pasarela de madera que comunicaba el teatro con el edificio más cercano, que todavía conservaba una sólida escalera de incendios. A Félix no le preocupaba que algún carroñero intentara entrar por ahí. El edificio de al lado no debió de tener más de tres pisos, y en esa parte de la ciudad, eso bastaba para que hubiera desaparecido casi por completo bajo las aguas. Con la marea baja podía ver el tejado, medio derruido, cubierto de percebes y largas criaturas plateadas que nadaban por allí en la oscuridad.

Félix volvió a echar un vistazo a la calle 29, a las escaleras y a las desvencijadas pasarelas que se entrelazaban a lo largo de tejados cubiertos de tablones y de puentes de madera, hierro, cuerda y cables contruidos a toda prisa: las únicas vías peatonales que los habitantes del Bajo Manhattan habían conocido en casi medio siglo. Otros lugares se habían reconstruido tras la devastación de 1925, cuando una catástrofe tras otra arrasó las grandes ciudades con terremotos, erupciones volcánicas y tsunamis. En la parte alta, Nueva York no había cambiado mucho, con su prosperidad y su moderna riqueza. Pero en el Bajo Manhattan y en casi todo Brooklyn, la gente seguía recuperándose de todos aquellos años, formando una sociedad nueva y tosca. «Al diablo con la parte alta» fue un eslogan muy

popular cuando Félix era joven, pero incluso entonces él ya sabía que era un chiste. El infierno era la Ciudad Sumergida. La clave, aprender a vivir en él.

Unos apremiantes golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Se había olvidado del taxi traqueteante bajo la pasarela de la fachada y de la vieja marquesina, pero sabía que habían ido a buscarle.

Félix se alisó la chaqueta raída y salió al pasillo. Quedaban dos pisos por encima de la parte inundada y condenada del teatro, separados por una escalera y una puerta. Él vivía en la última planta. Hubo una época en la que alquilaba la planta debajo de la suya, pero ya no aceptaba dinero del inquilino.

Volvió a oír los golpes en la puerta. Suaves pero insistentes.

—Ya voy —dijo con un suspiro.

Quitó el cerrojo y abrió la puerta. En el umbral, Molly McHugh le dirigió una resplandeciente sonrisa. A sus catorce años era toda pecas, pelo rojo y vigor juvenil. Siempre le hacía sentir vivo.

—Félix... —empezó a decir.

—Basta de prisas —le dijo él—.

¿Cuándo vas a entender que soy demasiado viejo para moverme tan rápido como a ti te gustaría?

—¡Alguien tiene que mantenerte en forma! —respondió Molly, ladeando la cadera como si ella fuera la única capaz de ponerlo en su sitio, lo cual era verdad. Añadió—: Sólo vengo a decirte que el desayuno está listo, pero he visto un taxi en la entrada. Parece que tu cita de las nueve y media llega pronto.





Félix asintió despacio.

Molly se sentía orgullosa de ser su ayudante. Trabajaba para él a cambio de techo y comida. Vivía en la planta baja, donde le preparaba el desayuno todas las mañanas. Félix no quería decirle que él ya sabía que había un taxi en la puerta.

—Supongo que no hay nada que hacer —dijo Félix—. El desayuno tendrá que esperar.

Antes de que Molly pudiera contestar, el sonido de la campanilla inundó el edificio. Alguien había tirado de la cuerda de la entrada. La cita de Félix había llegado.

Prácticamente podía escuchar a los fantasmas susurrar en los rincones.